

Castigo Inmisericorde a una Mayoría sin Culpa

Modernización sin Anestesia

- ★ Contraproducente Triunfalismo al Presentar el PND
- ★ ¿Grandeza Para los Asalariados y Desempleados?
- ★ Primero Saquen del Estancamiento a la Economía

LORENZO MEYER 17-VI-89

El compromiso del discurso político no es con la realidad sino con la efectividad. Es por ello que aquí o en cualquier otro país, hoy o hace mil años, todo discurso político contiene elementos demagógicos.

Sin embargo, cuando lo dicho por el líder se aparta en exceso de la realidad, cuando su imaginación se desboca, entonces el discurso pierde su razón de ser: la efectividad. Desde hace mucho tiempo uno de los problemas de la élite política mexicana es precisamente, que su discurso ya no convence.

El problema del discurso actual del poder, el discurso "modernizador", no está ni en su estilo ni en su lógica interna. La falla está en que la realidad no le acompaña ni en la mitad del camino.

En estos días, la pieza clave del discurso oficial es el Plan Nacional de Desarrollo (PND) para el sexenio 1989-1994. El PND ofrece básicamente cambio para la modernización, es decir, racionalidad en el uso de los escasos recursos disponibles y dentro de los límites y posibilidades que nos impone un mundo

Modernización sin

Sigue de la primera plana

dominado por las economías centrales de Estados Unidos, Japón y Europa Occidental. El ofrecimiento gubernamental no es el único posible —la oposición tiene otros— pero si se aceptan sus premisas, entonces el ofrecimiento resulta razonable. Sin embargo, el nuevo PND nace con un pecado original: el fracaso rotundo del PND que le antecedió y del cual el actual es hijo legítimo.

Desde que se inició en México la gran depresión de los años ochenta, se nos ha repetido hasta el cansancio que el nuevo proyecto nacional de la élite del poder es la modernización de instituciones y prácticas sociales por la vía del adelgazamiento del Estado y la revitalización de las fuerzas del mercado por medio de la apertura de la economía mexicana a la competencia internacional. Según el PND del sexenio anterior —que en buena medida fue elaborado por el mismo equipo y las mismas ideas que han dado forma al actual—, entre 1985 y 1988, el Producto Interno Bruto debería haber crecido 5% o 6% anual, de tal manera que el cambio estructural del aparato productivo mexicano se llevara a cabo sin un sacrificio social excesivo.

La realidad fue muy distinta: los cambios de fondo se iniciaron sin que la economía creciera (el PIB aumentó a la ridícula tasa de 0.1% anual en promedio), y por tanto, la operación modernizadora se efectuó sobre el cuerpo social mexicano sin anestesia. De ahí que para el grueso de los "modernizados" la experiencia haya sido traumática en alto grado; un castigo inmisericorde para pagar una culpa de la que no se sienten responsables.

★
De 1982 a 1988, el Estado se adelgazó y la economía se abrió al exterior, pero el PIB y la creación de empleos se estancaron. En promedio, la inflación del período fue de 91% anual y la inversión tuvo tasas negativas. La deuda interna y externa continuaron aumentando año con año, la fuga de capitales no se revirtió y la salida neta de recursos se convirtió en una sangría invariable.

El Presidente y quienes lo rodean deberían tener conciencia clara del desencanto que ha producido las promesas incumplidas, y

por tanto debieron esforzarse por inaugurar un tipo de discurso distinto al usual. Uno que sin ser necesariamente ciento por ciento realista (lo que es mucho pedir dada nuestra tradición), al menos se acercara más a la realidad de la mayoría de los gobernados. En tanto la economía mexicana no salga de su estancamiento, el tono triunfalista que permeó la presentación del nuevo PND está fuera de lugar y resulta contraproducente, por ofensivo.

Hoy, por ejemplo, no vienen al caso frases como ésta, contenida en la presentación del nuevo PND: "Existe un nuevo ánimo para construir la grandeza de México". ¿En quiénes, aparte de los colaboradores presidenciales más cercanos y de ciertos grandes empresarios, estaría pensando el Presidente Salinas al hacer tal afirmación? No puede ser en el ánimo de los asalariados que han perdido más de 40% de su poder de compra de 1982 a la fecha. Menos aún en los ejércitos de desempleados o subempleados. Es igualmente claro que hay una falta de ánimo de grandeza respecto al futuro nacional entre aquellos (muchos) empresarios que han trasladado y siguen trasladando y manteniendo en el exterior entre 30 y 40 mil millones de dólares. Dudo que incluso entre los cuadros del PRI haya ánimos de construir grandezas partidistas, menos aún nacionales en el mejor de los casos, dentro del partido del Estado sólo hay ánimos para resistir en lo posible la democratización (modernización) y defender los intereses añejos corporativos. En fin, no tiene caso seguir, la lista es larga. Es claro que en una economía estancada, el grueso de la población, e independientemente de la clase social a la que se pertenezca, apenas si se tienen ánimos para luchar por su salvación individual. Hablarle al mexicano normal desde las alturas enrarecidas del poder de grandeza en estas horas es, realmente, echarle sal sobre su herida. La élite política primero tiene que sacar a la economía del estancamiento más prolongado que se recuerde en este siglo y entonces, y sólo entonces, tendrá derecho a hablar de ánimos, grandezas et, al.

★

Pero veamos de cerca la

grandeza propuesta. El Presidente señaló que su PND se propone mostrar el camino para avanzar en el logro de cuatro grandes metas: a) defender la soberanía, b) ampliar la vida democrática, c) recuperar el crecimiento económico y d) elevar el nivel general de vida. En principio, la tetralogía salinista es entera y absolutamente aceptable, pero no se necesita ser más que un observador medianamente realista para preguntarse si en las condiciones actuales es factible lograr los cuatro objetivos.

Empecemos por la primera meta: "defender la soberanía y preservar los intereses de México en el mundo". Por razones geopolíticas, y dada la estructura internacional de poder, resulta que desde fines de la primera Guerra Mundial y hasta la fecha, la única potencia que puede poner en peligro nuestra soberanía, es Estados Unidos, nadie más. Ahora bien, en este momento, pocos son los apoyos tan decididos con que cuenta el Presidente Carlos Salinas como el del gobierno norteamericano. En el éxito de los esfuerzos de las autoridades de Washington para obligar a los banqueros internacionales a aceptar una disminución sustantiva en los pagos del principal y de los intereses de la deuda externa mexicana, está la clave del éxito o fracaso de casi todo el proyecto salinista. Sin el apoyo del Presidente norteamericano, de los departamentos del Tesoro y de Estado, así como de los organismos financieros internacionales donde la influencia norteamericana es decisiva —el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial—, serían prácticamente nulas las posibilidades de éxito de los negociadores mexicanos ante los representantes de los 540 bancos que controlan los 70 mil millones de dólares de la deuda mexicana externa en manos privadas.

Desde los años cuarenta, cuando México se convirtió en aliado de Estados Unidos en su guerra contra el Eje, no se había visto presión similar del gobierno norteamericano sobre empresas privadas de sus nacionales y en apoyo del gobierno mexicano, como la que hoy ejerce sobre los bancos para obligarlos a darle a México lo que México les pide. Como se recordará, fue la conveniencia de contar con la colabo-

Anestesia

ración mexicana en contra de los países del Eje, lo que decidió al Presidente Roosevelt y al secretario de Estado Cordell Hull a forzar a las empresas petroleras expropiadas en 1938 —encabezadas por la Standard Oil— a aceptar el monto y los términos de la indemnización que les ofrecía el gobierno de Avila Camacho. Hoy, en la lucha desesperada que libra el gobierno de Salinas por preservar la viabilidad del régimen priista, Washington está al lado de México en su afán por obligar a los bancos internacionales a reducir a la mitad de lo pactado originalmente las transferencias que México les hace por intereses y amortizaciones de su deuda externa.

Cuando el Presidente Salinas nos anuncie finalmente el triunfo sobre los banqueros, la deuda política de su gobierno con el de Washington habrá aumentado en la misma proporción en que haya disminuido la deuda externa del gobierno mexicano. En esas condiciones, ¿no resulta contradictorio, e irreal, poner como primer objetivo del PND la defensa de la soberanía mexicana? El abandono de México de su postura tradicional en relación a la defensa del principio de no intervención en el caso de Panamá, no es ya una muestra de la disminución de los márgenes de maniobra que México tiene frente a Estados Unidos? ¿Cómo defender la soberanía cuando las bases materiales para tal defensa se han debilitado al grado de que la viabilidad de todo el proyecto nacional depende de la actitud que adopten gobiernos e intereses extranjeros?

El segundo objetivo del PND —la ampliación de la vida democrática— también resulta obviamente problemático. ¿Cómo es posible confiar en el compromiso democrático de un gobierno que no fue capaz de asumir el poder apoyado por un triunfo claro y transparente en las urnas? ¿Dónde está la nueva legislación electoral que sea el ámbito legal que impida que se vuelvan a dar las circunstancias que llevaron a la "caída" del sistema de cómputo y a la sospecha de fraude generalizado del año pasado? ¿Cómo sostener que el compromiso democrático del gobierno actual es serio cuando en las actuales campañas electorales en Baja California y en

Michoacán resulta, como el pasado, imposible distinguir entre los recursos del erario estatal y federal y los recursos del partido del Estado? Hasta que no se vea el resultado de las elecciones en esos estados desde la oposición es fuerte, será posible empezar a tomar en serio el compromiso democrático de un gobierno que, hasta hoy, tiene una gran cuenta sin saldar con la democracia.

Finalmente, la recuperación del crecimiento económico y la elevación del nivel de vida de los mexicanos, son dos objetivos, dos promesas, que dependen mucho de factores sobre los que el actual gobierno tiene poco control. Para lograr ambas, es indispensable, en primer lugar, lo que ya se señaló: que los acreedores internacionales de México modifiquen los términos originales de sus préstamos de tal manera que nuestro país no envíe al exterior la mitad de los 45.560 millones de dólares que según los términos actuales deberá pagar entre 1989 y 1992. Pero aún alcanzando ese cambio, ello no bastará para lograr el crecimiento del PIB que promete el PND: entre 2.9% y 3.5% en la primera mitad del sexenio y de entre 5.3% y 6% en la segunda.

Para ello, además de las condiciones ya señaladas, se requieren otras, como, por ejemplo, que los precios del petróleo no vuelvan a caer, que la sequía no nos visite, que la industria establecida dentro de nuestras fronteras (nacional y extranjera) logre rápidamente una calidad y una comercialización externa de sus productos sin precedentes en nuestra historia económica, que se hagan y las inversiones para destruir los cuellos de botella que detienen la producción. Se requiere, sobre todo, que el mercado estadounidense no caiga en la tentación del proteccionismo ni la economía de ese país interrumpa su largo ciclo de prosperidad, pues una depresión al norte del Río Bravo debilitaría lo que se supone va a ser un factor fundamental de la economía mexicana: la demanda externa.

En conclusión, dada nuestra experiencia reciente y antigua, la confianza de la sociedad mexicana se ganará tocando los clarines del triunfo después de haber logrado la victoria, no antes.